

***LA SOBERBIA ARMADA Y LAS
REPRESENTACIONES SOBRE
MONTONEROS EN LOS INICIOS DE
LA DEMOCRACIA***

Marcelo Langieri y Rocío Otero



LA SOBERBIA ARMADA Y LAS REPRESENTACIONES SOBRE MONTONEROS EN LOS INICIOS DE LA DEMOCRACIA

Marcelo Langieri y Rocío Otero⁴²

Introducción

Estas notas tienen como propósito desentrañar los aportes realizados por Pablo Giussani (1927-1991) en el libro *Montoneros. La soberbia Armada*⁴³ a la construcción del clima de ideas sobre el pasado reciente que se cristalizó en la llamada teoría de los dos demonios. El trabajo de Giussani se inscribe en un campo interpretativo de fuerte arraigo en distintos sectores del espectro político e intelectual “progresista”, desarrollado a partir de la derrota de las diversas experiencias revolucionarias que tuvieron lugar en los años 70 en la Argentina.

La interpretación de Giussani no fue parte de una conspiración. Más bien, se trató de una oportuna y temprana adaptación a los nuevos tiempos de alguien que se había caracterizado ya por tener una trayectoria periodística e intelectual ideológicamente flexible, lo que le había permitido ser director del periódico *Che* (en donde compartió dirección con Francisco “Paco” Urondo y Rodolfo Walsh) en pleno auge del guevarismo; luego ser secretario de redacción del diario *Noticias*, ligado a Montoneros; y al cierre de éste, participar en el diario *La Calle*, vinculado al Partido Comunista. Pasos dados en tiempos en los que la revolución se vislumbraba en marcha en América Latina. En todo caso, ese cambio de época en el que se inscriben las reflexiones de Giussani no le fue exclusivo ni mucho menos es deudor de su pluma.

El proceso revolucionario que tuvo lugar en los años sesenta y setenta llevó a muchos llamados “progresistas” a los más altos niveles de compromiso cuando las “verdades” imperantes eran de tal firmeza e intensidad que generaron una gran efervescencia social y política, al punto de atenuar los espacios para el señalamiento de los errores y limitaciones propios de cualquier causa. Con la derrota no solo se creó un clima de ahogo a cualquier reivindicación de las luchas libradas, sino que se sometió la experiencia revolucionaria a una dura revisión crítica.

En ese proceso crítico, muchas reflexiones contribuyeron a desdibujar el sentido que los y las protagonistas les dieron a las luchas con las que se comprometieron y las mismas fueron reducidas a sus aspectos armados por la vía de la crítica al militarismo. De tal modo, por un lado, se negaron los fundamentos políticos de las acciones armadas; y, por otro, se negó también la existencia de un conjunto de iniciativas de lucha impulsadas por esas organizaciones revolucionarias que no incluyeron acciones militares (Otero, 2019). En algunos casos, entre los que, como se verá, se incluye el trabajo de Giussani, la operación de reducir estas experiencias al “militarismo” o a un supuesto “desvío militar” llevó incluso

⁴² Marcelo Langieri (UBA/UNPAZ/CLACSO). Rocío Otero (IIGG y CBC/UBA-UMET-UNAJ-CLACSO).

⁴³ Las citas del libro que se realizan en el cuerpo del texto corresponden a las páginas de la edición de Editorial Planeta Argentina S.A.I.C. Buenos Aires, 1997.



a identificar o equiparar a las organizaciones revolucionarias con las fuerzas represivas, como si el terrorismo de Estado se hubiera tratado de una guerra librada entre pares.

Montoneros. La soberbia armada se publicó en 1984 por la editorial Sudamericana, poco después del regreso de Giussani de su exilio en Italia, al que había partido en octubre de 1976. En la primera edición del libro, publicado en la Argentina, la tapa exhibía un collage compuesto por un conjunto de balas y un casquillo del cual emanaba una suerte de charco de sangre. No es necesario ahondar en una hermenéutica de esa imagen, elocuente del eje y la mirada del libro: Montoneros como sinónimo de “violencia”. El presente artículo se articula alrededor de la idea de que ese libro, que fue escrito en el exilio algunos años antes de ser publicado en la Argentina, antecedió a la construcción simbólica de la teoría de los dos demonios durante el alfonsinismo y más que ser un elemento tributario de la misma, aportó a sus fundamentos y a su aplicación y argumentación para el caso montonero, en particular, a la idea de dos violencias enfrentadas.

Las siguientes ediciones del libro de Giussani reproducen en la contratapa dos comentarios de la primera edición, elocuentes del lugar que ocupó este libro en la disputa simbólica por el sentido del pasado reciente en los inicios de la democracia. Por un lado, el de Ernesto Sábato, quien en el mismo año en que se publicó el libro y con el prestigio de ser el presidente de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, firmó el Prólogo del *Nunca Más* que daba inicio al informe con un texto que condensó los aspectos centrales de la teoría de los dos demonios. Dicho prólogo comenzaba así: “Durante la década del '70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda” (CONADEP, 1986: 7).⁴⁴ En la contratapa de la primera edición del libro de Giussani era ese Sábato el que aparecía invitando a los potenciales lectores a adentrarse a “Un libro de trascendencia histórica, conmovedoramente honrado, admirablemente escrito”.

Por otro lado, en la segunda edición, la contratapa contenía una elevada valoración del libro por parte de Jacobo Timerman⁴⁵, considerado un intelectual orgánico de la restauración democrática, quien pronosticaba: “El libro de Giussani será el detonante del más importante debate político que habrá en la Argentina en los últimos veinte años”.

Hace unos años, en una suerte de defensa de su padre, la hija de Giussani explicó que ese libro fue escrito en el exilio, durante la dictadura, antes del acercamiento de su padre a Alfonsín, y que no tuvo nada que ver con ese vínculo político, que sí existió (reconoce) una vez retornada la democracia. Allí Viviana Giussani afirmaba:

...ajustémonos a la famosa "teoría de los dos demonios", tan funcional a la derecha como a la izquierda. Teoría cuya autoría, de alguna manera, también se le endilga a mi padre a partir del

⁴⁴ En el año 2006 y a propósito del treinta aniversario del golpe de Estado, se reeditó una vez más el informe, con un nuevo prólogo que desde entonces acompaña al primero, escrito por Eduardo Luis Duhalde, entonces Secretario de Derechos Humanos de la Nación. Duhalde cuestionó allí la noción de dos violencias por significar una justificación del accionar de Estado represivo al equipararlo con el accionar de particulares: “es inaceptable pretender justificar el terrorismo de estado como una suerte de juego de violencias contrapuestas, como si fuera posible buscar una simetría justificatoria en la acción de particulares frente al apartamiento de los fines propios de la Nación y del Estado que son irrenunciables” (2006: 7-9).

⁴⁵ Jacobo Timerman fue un periodista argentino, fundador de las revistas *Primera Plana* y *Confirmado* y del diario *La Opinión* de Buenos Aires. Estuvo detenido desaparecido durante la dictadura procesista.



libro. Aquí no se trata de demonios ni de hechos satánicos, como tampoco se trata -aunque ya parezca infantil repetirlo- de equiparar en igual nivel de responsabilidades el terrorismo de estado con la conducta de un grupo armado civil. Está claro que no es así. Está rotundamente clara la condena universal sobre el genocidio perpetrado por el régimen militar durante la dictadura. La metodología del terrorismo de estado es algo que se ha estado precisando con minuciosidad desde la caída del mismo régimen. Sin embargo, esta conducta aberrante que llegó a niveles institucionales también forma parte de un comportamiento social que no se detiene solamente en los uniformes y en las botas. (...)

¿Acaso el hecho de haber sido víctimas del genocidio invalida nuestra capacidad de respuesta, aún en aquellas cosas que duelen, como los errores cometidos? No es cuestión de curarnos las heridas entre nosotros, las propias y las ajenas, y seguir levantando la bandera de víctimas como si fuese nuestro único estandarte. Para construir una alternativa posible y creíble hacia el conjunto de la sociedad, es indispensable comprender el pasado en su totalidad a modo de evitar su repetición en el futuro. Este pasado montonero tiene tanto de entrega, generosidad y sentido del otro como nunca antes se había visto, pero también tiene de soberbia, autoritarismo y sectarismo. Sería saludable para el alma colectiva empezar a escucharnos y tratar de entendernos. Eludir ese debate histórico también le es útil al sistema (Giussani V, 2003).

No son esos los términos que utilizara Pablo Giussani en su libro cuando apeló a un reduccionismo militarista para explicar un fenómeno político tan complejo como lo es Montoneros. Tampoco fueron esos los términos cuando la despolitización de la práctica montonera resultó ser el recurso fundamental para asimilarla, curiosamente, con una experiencia histórica ajena a la tradición popular argentina, como es el fascismo, y con los cultores identificados en las figuras de Mussolini y Hitler, arquetipos del delito de genocidio establecido internacionalmente como tal para condenar los crímenes del nazismo contra la humanidad. Un recurso heredado de la tradición antiperonista para caracterizar al peronismo y, especialmente, a la figura de Perón.

Curiosamente, el reconocimiento del carácter peronista de Montoneros viene de la mano de su caracterización como una forma de fascismo. Vale decir: si ha sido y aún es usual la afirmación de que los Montoneros no fueron peronistas sino, en todo caso, oportunistas que “se pusieron la camiseta peronista”, en este caso, Giussani los reconoce como peronistas, como una expresión del peronismo, para reforzar su argumento central respecto a que montoneros fue un fenómeno de la familia histórica de los fascismos. La operación sería la siguiente: Perón fue fascista, los Montoneros fueron peronistas, los Montoneros fueron fascistas. Giussani, como se verá, lleva adelante esta operación con una gran cuota de imaginación. La inscripción en el peronismo es uno de los argumentos mediante los cuales califica la experiencia montonera como una forma de fascismo. El otro: su adscripción al castrismo-guevarismo.

Lo cierto es que el libro de Giussani es un escrito sin sustento bibliográfico ni documental, es un ensayo de opinión sin mayores evidencias que las percepciones subjetivas de su escritor, que contribuyó entre otras cosas a impedir la comprensión de una época confundiendo, en vez de distinguir, la naturaleza y



antecedentes históricos del conflicto de fondo que se llevó adelante en la Argentina en esos años y las características que asumió la violencia política en la historia reciente. Lejos de contribuir a encuadrar (para comprender) la experiencia montonera en el contexto en el que se desarrollaron los acontecimientos, el libro de Giussani no hizo más que confundir etapas históricas, procesos, actores, identidades y tradiciones políticas.

Para comprender la violencia que tuvo lugar en la Argentina en la década del setenta, en primer lugar, es necesario comprender una cadena de sucesos históricos que al menos han de remitirse al golpe de Estado contra Perón en 1955. La teoría de los dos demonios, como se verá, al caracterizar al accionar represivo como una respuesta al accionar de las organizaciones armadas, además de minimizar el delito de terrorismo de Estado al igualarlo al accionar de civiles, desdibujó las causas profundas del último golpe de Estado que, hoy ya no caben dudas, tuvo como propósito central la instalación de un nuevo modelo de acumulación centrado en la especulación, la apertura financiera, el endeudamiento y la desindustrialización del país.⁴⁶

En este sentido, cabe recuperar el análisis de Guillermo O'Donnell sobre las razones del golpe de Estado de 1976 para quien, en realidad, su propósito central fue el disciplinamiento social:

...se trata del sistemático, continuado y profundo intento de penetrar capilarmente a la sociedad para, con su larga mano, implantar el orden y la autoridad. (...) El "caos", la "subversión" y la "disolución de la autoridad" no solo ocurrieron en los grandes escenarios de la política y en las acciones de las organizaciones guerrilleras; esa enfermedad también existía, y desde allí había alimentado aquellos síntomas más visibles en cada rincón de la sociedad. De ese diagnóstico nació un Pathos microscópico apuntado a penetrar capilarmente la sociedad para "reorganizarla" en forma tal que quedara garantizada para siempre una meta central: que nunca más se subvertiría la autoridad (1998: 135-136).

Eduardo Basualdo a su vez ha planteado que, incluso al revés de lo que sostenía la doctrina de seguridad nacional, "el crecimiento económico que se dio en el periodo no detuvo la lucha social" de modo que "quedó demostrado que la hipótesis de que el crecimiento iba a generar gobernabilidad era falsa" (2006). Si, por una parte, las causas profundas de la violencia política que tuvo lugar en los años setenta no pueden ser reducidas meramente a ser un emergente de los problemas de sustentabilidad del capitalismo, por otro, esa violencia política debe ser comprendida en forma dinámica, al calor de las diversas coyunturas, y, en lo que respecta al último golpe de Estado, entendida como parte de un amplio proceso de contestación política y social que fue necesario neutralizar para implantar un nuevo modelo de acumulación. Ni el libro de Giussani ni la teoría de los dos demonios contribuyeron a tal tarea.

La "teoría de los dos demonios"

⁴⁶ Ver por ejemplo Schvarzer, J. (2000). El quiebre del modelo cerrado en los setenta. Apertura, especulación y deuda. En *La implementación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y el 2000* (pp. 33-71). Buenos Aires: AZ Editora.



Marina Franco ha advertido que la teoría de los dos demonios, como tal, nunca fue enunciada, debido a que no existe un corpus de ideas ni ningún grupo que se reconozca como autor o promotor de ella. Más bien, su uso suele ser crítico y condenatorio: “solo se refieren a la teoría de los dos demonios aquellos que están interesados en su crítica y cuestionamiento” (Franco, 2014: 22). No obstante, para Franco resulta innegable la existencia de un conjunto de enunciados políticos y memoriales que circularon en la prensa, entre los actores sociales y políticos, entre grupos cercanos a la militancia por los derechos humanos y, en general, en el espectro político e intelectual del progresismo desde los inicios de la democracia en 1983.

Ese conjunto de enunciados tuvo según la autora un primer momento de surgimiento y circulación histórica; luego, un proceso de construcción progresiva como “teoría” por parte de sus detractores; y, finalmente, un devenir a lo largo del tiempo, que se corresponde con las luchas por la memoria posteriores. Franco sintetiza así lo que considera las principales variables de la teoría de los dos demonios:

...-la existencia de *dos violencias enfrentadas*: las guerrillas de izquierda y las Fuerzas Armadas actuando en nombre del Estado; -la relación de acción/reacción entre las guerrillas y la represión estatal, es decir, la *responsabilidad causal de la izquierda en el inicio de la violencia*; -la *equiparación entre ambas violencias* a partir de relaciones que van desde la equiparación de responsabilidades históricas hasta la equiparación por simetría de fuerzas y/o métodos- la situación de *exterioridad de la sociedad* en ese conflicto, que es presentada como ajena, inocente o víctima de esa violencia (Franco, 2014: 24)⁴⁷.

Es de destacar que el tópico de las dos violencias enfrentadas no fue una original construcción posdictatorial sino que, en realidad, se trató, como sostuvo Franco, “de la reemergencia, reactualizada y resemantizada” (2014: 26), de un tópico instalado en el lenguaje político de los años setenta, del cual el radicalismo se volvió su portador más visible luego de diciembre de 1983 porque transformó esa visión del pasado en objeto de políticas de gobierno. Sin embargo, ya había sido un tópico recurrente en el período 1973-1976 y en particular luego de la muerte de Perón, para dar cuenta de los conflictos y el enfrentamiento entre las guerrillas de izquierda y el gobierno, como el producto de dos violencias opuestas enfrentadas, una de izquierda y otra de derecha. Un esquema binario que según Franco luego habría sido reforzado por la propia institución militar a partir de 1976 en su idea de la “guerra sucia” (Franco, 2014).

Situamos en el gobierno radical el *aggiornamento* de la teoría de los dos demonios porque fue desde allí donde “el campo semántico de lo demoníaco strictu sensu adquirió gran visibilidad pública” (Franco, 2014: 23). Pese a que la dimensión del “horror” aplicado por el terrorismo de Estado se hizo abiertamente pública en 1984, no solo se mantuvo el esquema binario sino que se planteó que el origen de lo demoníaco fue la violencia de la “subversión”. En efecto, una de las primeras medidas del gobierno de Alfonsín, que según Diego Galante inauguró el programa judicial del radicalismo para los delitos cometidos en el pasado reciente, fueron los decretos 157 y 158, medidas que fueron presentadas por radio, televisión y cadena

⁴⁷ Las cursivas son nuestras.



nacional. El carácter conjunto de esos decretos inició “un itinerario legal para la llamada teoría de los dos demonios”, que “en términos culturales también daría a luz, nueve meses más tarde, el informe de la CONADEP” (Galante, 2019: 41).

El discurso de los dos demonios, más allá de su explicación sobre la violencia, tuvo como una de sus funciones más importantes la autolegitimación política del gobierno radical. Le permitió situarse en las antípodas de los demonios para instalarse como los portavoces de la democracia, las instituciones y la ética con un sentido refundacional de la República. En este sentido, el caso de Montoneros tuvo características particulares y aún dignas de análisis en la construcción identitaria de la juventud alfonsinista, que además de diferenciarse de cualquier forma de violencia y afirmar con ello su esencia demócrata, se diferenció en particular del peronismo, en oposición al cual en buena medida se constituyó. Si bien Marina Franco plantea que sus detractores suelen situar en el radicalismo en el gobierno el origen de la teoría de los dos demonios y ella concede que fue desde allí donde el campo semántico de lo demoníaco adquirió gran visibilidad pública, aún resulta vidriosa la genealogía de la teoría de los dos demonios. Vale la pena entonces indagar en el aporte de *La soberbia armada*, teniendo en cuenta que fue escrito en el exilio antes incluso de que se imaginara la transición democrática. No creemos que este libro permita explicar la génesis de la teoría de los dos demonios, pero sí, alguna estación de su complejo devenir, en donde se expresaron elementos discursivos con un derrotero previo y otros nuevos, vinculados con la apertura de un proceso crítico hacia las organizaciones armadas que se enfocó en el cuestionamiento al militarismo, y luego, con la apertura democrática y la construcción de una trama simbólica para pensar el pasado reciente.

El libro de Giussani dedica una buena cantidad de capítulos a caracterizar tres fenómenos históricos: el fascismo europeo; la revolución cubana; los primeros gobiernos de Perón. Las caracterizaciones que hace Giussani de esos fenómenos históricos son los argumentos centrales para plantear la idea de que Montoneros fue una experiencia fascista. Así, bajo la mención de una supuesta “aristocracia guerrillera latinoamericana” en realidad Montoneros resulta ser presentado como una especie de Frankenstein político armado a partir de atributos tomados del fascismo, el aventurerismo, el autoritarismo, el guevarismo y el peronismo, para construir no un gigante sino un monstruo invertebrado y miope, un espejo deformado del peronismo.

Las violencias enfrentadas, marco conceptual de *La soberbia armada*

No son pocos los pasajes del libro de Giussani en los que aparece la idea de violencias militares enfrentadas. Citamos entre los más elocuentes:

Bajo la vigencia de la guerra revolucionaria, la comunidad nacional quedaba desdoblada así en un sujeto militar y otro civil. La pasividad civil consistía, por momentos, en desaparecer del escenario cuando sobrevenían los procesos críticos y, por momentos, en ocuparlo como mero conjunto de piezas instrumentalizadas desde los mandos castrenses.



A esta altura, la comparación es inevitable. Suprímense los nombres identificatorios, y no se sabrá si se está describiendo a los militares de la seguridad nacional o a los comandos montoneros. Unos y otros se parecen como dos gotas de agua en los contenidos faraónicos de su autoconciencia y en la manera de concebir sus relaciones rectoras, paternas, correctivas y manipuladoras con los hormigueros de la civilidad. En nada difiere el destino asignado por Onganía a las fuerzas política civiles como precarios delegados tácticos de una conducción estratégica militar y el pobre papel del Partido Auténtico con su congreso teleguiado de Córdoba o el de los frentes de masas entregados sin consulta previa a la voracidad de las parapoliciales por la decisión militar montonera de la “autoproscrición”. Gran parte de la violencia que ensangrentó a la Argentina en los últimos años '60 y en la década del '70 fue presentada como una contienda entre dos simétricos totalitarismos militares, que asimilaban toda actividad política a las leyes de la guerra y que mantenían utilitariamente regimentadas a sus respectivas civilidades en el papel de escuderos (74-75)

La cita mencionada revela una negación de la relación existente entre la violencia y el contexto político y social en el que se desarrollan los acontecimientos. Más precisamente de la situación de alza de masas que dio lugar al crecimiento de las organizaciones revolucionarias. Y lo que es fundamental, de la relación existente entre las experiencias de lucha de los movimientos de masas y las organizaciones de vanguardia. Así también personajes de la política, del sindicalismo, de la cultura, entre otros, son cuadros militantes de Montoneros sin dejar de participar a sus respectivos ámbitos, más allá de las rupturas producidas en los campos de acción producto del proceso de profundas transformaciones a los que se asistía. El espejo en el que se miraban los revolucionarios no eran sus antagonistas militares sino las señales de un mundo que asistía al florecimiento de expresiones libertarias y emancipadoras. La revolución cubana, blanco de las críticas de Giussani, era una de las expresiones de ese proceso que alumbraba un mundo mejor. Por otro lado, los Montoneros glorificaban más a Eva Perón que al Che Guevara. La propuesta de las milicias populares, que generó controversias con el propio Perón y que también evocaba a Evita, era la conjunción de las masas y las armas, totalmente alejada de la idea de militarización profesional.

No es correcto afirmar que el desarrollo militar es la nota distintiva de Montoneros en su trayectoria, ni tampoco que son ellos los introductores de la violencia en la política argentina, tanto dentro como fuera del peronismo. En todo caso, parte de su especificidad puede comprenderse profundizando en el estudio de su desarrollo político en el contexto de la lucha armada. La misma identidad peronista, que canalizó también un proceso de peronización de sectores de la izquierda no peronista, forma parte de un proceso de pertenencia política complejo ligado a distintas valoraciones e interpretaciones acerca de las mayorías populares.



El militarismo montonero: la fascinación por las armas y la equiparación de las violencias

El militarismo resulta la noción clave en la caracterización de Montoneros como la expresión más elevada de una tendencia deformada de las organizaciones revolucionarias latinoamericanas. Ya desde fines de los años setenta la experiencia del exilio daba lugar a la emergencia de una fuerte crítica al accionar de las organizaciones armadas, como fue el caso de los intelectuales vinculados a la revista *Controversia* en el exilio mexicano (Rojkind, 2004). En efecto, ese fue un marco interpretativo inicial que signó durante la década del ochenta las definiciones y la comprensión sobre las experiencias armadas. Marco en el que, como ha sostenido Martín Mangiantini (2015), la tendencia al militarismo como algo opuesto a la construcción política fue ubicada como el problema central de las organizaciones que apostaron por las armas.

Resulta anecdótico mencionar que Giussani abunda en el uso de las expresiones “terrorismo” y “extremismo” para caracterizar las experiencias de lucha armada de los años sesenta y setenta. Expresiones cargadas del sentido dado por la represión militar a sus “enemigos” y que no contribuyen a comprender las causas, fundamentos y características de la violencia revolucionaria. No sorprende entonces que se encuentre a lo largo de las páginas de este libro una caracterización de la lucha armada montonera como el producto de “un ritual iniciático en el que santones provistos de ametralladoras y bombas de fraccionamiento guían paternalmente a la comunidad hacia el conocimiento de realidades preexistentes” (25).

Giussani comienza su libro con una caracterización de esos jóvenes que protagonizaron las experiencias contestatarias. Para ello, abunda en ideas sobre una supuesta fascinación con rituales vinculados a la muerte y lo que llama un “narcisismo revolucionario” que se habría traducido, por ejemplo, en la predilección por la utilización de armas y uniformes y en la aptitud a matar y a morir, narcisismo heredado en parte de la tradición castrista-guevarista instaurada tras la victoria de la revolución cubana. Giussani despolitiza la opción por la lucha armada cuando plantea que “siempre y en todas partes” hubo jóvenes nacidos en clases medias que adquieren una conciencia de rechazo al mundo establecido, rechazo que en “siete de cada diez casos” (31) -proporción que no tiene ningún sustento más que su propia creencia- se explica por el medio social en el que nacieron. Para Giussani, el joven rebelde “vive de rebote”, es “puro negativismo”, sus opciones políticas no se explican por una escala de valores y objetivos políticos, sino por una “inversión mecánica del anticomunismo paterno” (33). Para el autor, el “extremismo revolucionario” habría sido “consecuencia de “una niñez estancada y resistente a la maduración” y eso es lo que a su juicio habría impedido que esa opción tenga contenido político alguno, porque la política supone la necesidad de crecer (34)⁴⁸.

⁴⁸ Baste una única, pero no por ello menos importante, referencia a la temática de la juventud, para dar cuenta de su complejidad como fenómeno político, social y cultural, y la reducción que hace de la misma Giussani: Manzano, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.



Como muchos otros autores e incluso una porción de la militancia montonera, Giussani sitúa el “retorno a la militarización” en el atentado a José Ignacio Rucci (nunca reconocido oficialmente por Montoneros), lo que se explicaría por una necesidad de reavivar el heroísmo militante consustancial a la vida revolucionaria. La misma necesidad que los habría llevado a “auto-proscribirse”, declarar la guerra contra el gobierno de Isabel y enfrentar a las fuerzas armadas. Según Giussani, “ciertos disidentes del grupo denuncian hoy esas decisiones montoneras como reiteraciones de una misma maniobra destinada a consolidar a Firmenich y su equipo en la cúpula”⁴⁹, aunque a su juicio, “solo una conciencia colectiva hechizada por la guerra y enajenada por la violencia” (48) explica que se hayan tomado semejantes decisiones. Es decir que pese a compartir la crítica centrada en la “aristocracia de conducción”, orgánicamente cerrada e imbuida de mecanismos de verticalidad típicamente castrenses, para Giussani la culpa sería de igual modo colectiva.

Sin embargo, resulta interesante señalar que para Giussani el militarismo montonero no sería un mero “desvío” (tal como otros lo han caracterizado) sino una parte constitutiva de su concepción acerca de la revolución, que incluía no solamente la realización de operaciones militares sino “un estilo, una liturgia, una manera de vivir. Saludos militares, taconeos militares, uniformes y un lenguaje que plagaba de jeringoza militar hasta la planificación de una ‘volanteada’” (57).

Giussani plantea también que, pese a lo que muchos habrían creído, la construcción del Partido Montonero en 1976 lejos de atenuar el militarismo, lo habría profundizado, porque “las relaciones orgánicas internas del grupo perdieron de hecho lo poco que tenían de articulación política para asimilarse del todo a la organicidad propia del cuerpo militar” (57). Más aún, la obsesión por “subrayar el propio profesionalismo castrense” se habría exagerado hasta el paroxismo en el exilio, llevando a la conducción montonera a reglamentar el uso de uniformes, estilizar los saludos y codificar los lenguajes en términos militares y a que las reuniones del Consejo Superior montonero tuvieran como requisito vestir esos atuendos, incluso cuando suponían el “patetismo de acudir al lugar de cita en autobuses romanos o taxis madrileños con el paquetito del uniforme sobre las rodillas” (58).

A la vez, la estructura de mando propia de una organización “militarista” habría llevado a cuadros como Francisco Paco Urondo a subsumirse a una lógica que inhibía toda participación y discusión, a una cultura política “en la que la obediencia y la pasividad ante niveles de decisión que los excluían eran asumidos por ellos como conductas que integraban el orden natural de las cosas” (66).

Como sucede a lo largo del libro, la caricaturización de las situaciones atenta contra la comprensión del fenómeno. Así, las críticas a la militarización sin realizar las distinciones correspondientes solo tienen como objetivo la descaracterización de Montoneros y, específicamente, negar lo peculiar de una experiencia histórica con vocación transformadora. Esto impide y dificulta, también, recoger las enseñanzas de la derrota, lo que auspicia una doble derrota: la derrota fáctica y la del plano de las representaciones y la disputa por la memoria.

⁴⁹ Para un análisis de las últimas escisiones de Montoneros ver Slipak, D. (2018). Comunicar la disidencia. Un recorrido por tres escisiones de Montoneros en los setentas. *Izquierdas*, 14, 141-161.



Giussani no estuvo solo en esta construcción, una parte importante de la intelectualidad de izquierda devenida socialdemócrata se sumó a la descalificación de la experiencia, de la cual en muchos casos habían sido mentores y parte integrante. Quizás por ello mismo.

Por otro lado, en las críticas desde el campo militante, el de las disidencias, por ejemplo, la crítica al militarismo fue parte de la lucha política, propia de los procesos de ruptura, que daba cuenta de miradas disímiles sobre el ejercicio del centralismo democrático y la problemática del verticalismo o de formas de militarización que tenían o debían tener traducción en conductas, como el uso de uniformes.

La revolución cubana: la soberbia de la clase media y la ajениdad de la sociedad

El componente de soberbia sería una herencia de la revolución cubana, que en su proceso autoconsagrador borró, según Giussani, todo rastro del proceso histórico que condujo a la victoria, que no se ajusta a la “autoconciencia castrista” y a la exaltación del rol de la guerrilla. Ello habría llevado a una falsificación de la historia en la que la acción revolucionaria, de la cual Cuba se posicionaba como modelo, fue reducida a un “monstruoso voluntarismo” que “destiló de esta manera una ideología aberrante que prescindía de lo externo, de lo dado, en una suerte de inmanentismo revolucionario que hacía de la revolución un producto de la propia y voluntariosa subjetividad” (104). Así, para Giussani, gracias a una proyección estilizada y descontextualizada de la revolución cubana y al modo en que fue manipulada su historia, la revolución quedó reducida a la voluntad de individualidades colosales y a una idea del guerrillero como alguien de una naturaleza sobrehumana y selecta:

Millares, digo millares de jóvenes latinoamericanos fueron arrojados a la muerte durante los últimos veinte años al servicio de esta monumental distorsión, como un tributo pagado en sangre al narcisismo revolucionario de La Habana. Con este rito sacrificial empalma la religión montonera del heroísmo, de la violencia sacramentalizada, de la muerte purificadora, ingredientes de un elitismo militar convertido en fuente de una conducción política estratificante (110).

Nuevamente Giussani en su afán descalificador opaca los aspectos más interesantes de su crítica sobre las características de la revolución cubana y, especialmente, acerca de cuáles fueron las lecturas que se realizan sobre la misma. De manera especial, en la elaboración sobre la teoría del foco que, según él, se soslaya la importancia del movimiento de masas en la revolución cubana. Es decir que la teoría del foco despojada de sus contenidos concretos en la revolución cubana es el modelo triunfante de revolución. Así, el modelo cubano es la guerrilla rural y la no necesidad de la existencia de condiciones subjetivas para el desarrollo de la revolución. Giussani ignora que la experiencia montonera prescinde de ambas dimensiones: desarrolla una guerrilla urbana y asume la identidad peronista como la más alta expresión de la conciencia de las masas, es decir de la existencia de condiciones subjetivas para el desarrollo de la lucha revolucionaria.



El culto a la muerte como primer argumento del fascismo montonero

En primer lugar y en base a anécdotas personales (elemento recurrente en su argumentación), Giussani describe las dificultades de un observador extranjero para distinguir a los grupos de la izquierda y la derecha peronistas en la década del setenta, para afirmar que no había diferencias entre los fascistas y los Montoneros: “uno advierte el mismo esquema mental, la misma asunción de la propia capacidad de matar, herir o humillar como fuente de júbilo y de emociones placenteras” (79). Para Giussani, los montoneros tenían una cotidiana necesidad de heroísmo, asumieron la violencia como objeto de culto y alrededor de ese culto constituyeron su identidad, poniendo en juego una construcción de la conducta basada en una concepción heroica de la historia; una glorificación de la acción directa; una necesidad visceral de la violencia como fuente de autoidentificación; una asunción festiva de la propia violencia, a través de un folclore que la exalta como fuente de placer; un hipertrofiado voluntarismo; una visualización de los grandes cambios históricos como el producto de minorías; y una visión utilitaria de la relación entre esas minorías y las masas populares.

Ese listado de características, que definen a su juicio a un grupo fascista, habrían estado todas presentes en Montoneros. Para el autor:

Asumida como objeto de culto, con aditamentos militares, simbologías guerreras y urgencias por crear o imaginar circunstancias que justifiquen su ejercicio, la violencia siempre es fascista, aún cuando la acompañen envoltorios de fraseología revolucionaria (85).

Tomando una reflexión de Humberto Eco como única y última cita de autoridad, Giussani establece un andamiaje conceptual que le permite afirmar que, si bien es cierto que hay distintas formas de violencia, tal como dijera Eco, “donde quiera que se manifieste, sabemos con absoluta seguridad que de esa premisa no podrá surgir otra cosa que ‘el’ fascismo: se trata del culto a la muerte” (86). Es que para Giussani el fascismo y los Montoneros tienen un factor común que es definitorio: la violencia: “el culto a la violencia es inseparable del culto a la muerte” (89).

Giussani también podría decir que si se trata de la violencia como factor común el fascismo podría identificarse con la revolución francesa que utilizó la violencia y el terror como política. Esta demostración por el absurdo pretende poner de manifiesto que la violencia ha sido un medio, la partera de la historia diría Marx, y que su significado y legitimidad deviene de su sentido histórico. La identificación de las fuerzas insurgentes, hijas de las proscipciones, los golpes de estado, la violencia institucional y de clase presentes en la historia argentina es una forma de negación de la legitimidad de las luchas y su descalificación. El fascismo, además, es una categoría difusa que no delimita fenómenos ni los explica, como señalamos más adelante siguiendo a Campos.

Giussani también señala que

las sucesivas oleadas de desertiones y disenso que devastaron a Montoneros en el exilio a partir de 1978 fueron en cierta medida, a la luz de testimonios recogidos de muchos disidentes, respuestas a la creciente patentización de aquella última ratio fascista que



prevalecía en la conducción y en la conducta del grupo por vía de su adicción viciosa e irreductible a la violencia (96).

Esta observación desconoce las características de las diferencias políticas que provocaron los disensos al interior de Montoneros a propósito de la Contraofensiva, que no cuestionaban el ejercicio de la violencia en la lucha contra la dictadura. El señalamiento de la burocratización de la conducción y las diferencias en la caracterización de la situación en la Argentina, que llevaron a pagar un altísimo costo, no implicaba la renuncia al enfrentamiento con la dictadura bajo todas las formas.

El peronismo es un fascismo, o el segundo argumento del fascismo montonero

Recuperados, parcialmente, los elementos conceptuales mediante los cuales Giussani afirma que Montoneros fue un grupo fascista, resulta interesante profundizar en otro de sus argumentos tributarios: quien habría sido fascista es sin dudas Perón, y en todo caso, el fascismo montonero sería una suerte de herencia genética. Más interesante es el andamiaje lógico del argumento de Giussani, puesto que el punto de partida para la deducción anterior es el siguiente: “Mi interés adolescente en Perón se debió simplemente a un complejo de circunstancias familiares, sociales y ambientales que habían hecho de mi un empedernido, obsesivo y fanático fascista” (137). El razonamiento sería el siguiente: él de joven fue fascista (confiesa haber idolatrado un retrato de Mussolini en la intimidad de su habitación); él tuvo un interés adolescente por Perón a partir de su ascenso político; fascismo y peronismo son sinónimos; los Montoneros son peronistas; los Montoneros son fascistas.

Pese a esta elocuente confesión de parte que da inicio a los varios capítulos dedicados a Perón, Giussani dedica una buena porción del libro a caracterizar los años formativos de Perón, los años de sus gobiernos, y las características de su liderazgo en el exilio desde 1955. Todo ello para dejar demostrado que Perón fue fascista.

Para Giussani no caben dudas de que los conceptos de tercera posición y socialismo nacional son “lisa y llanamente descriptivos del fascismo italiano” (149). Perón habría entendido, en su viaje por Europa en 1938, que el capitalismo y el comunismo eran sistemas sociales que crujían y habría encontrado en Mussolini la inspiración y el modelo para su concepción corporativista y del rol del Estado en la organización política de las masas. Luego de obtener el poder, Perón había materializado su concepción del Estado organizando un conjunto de aparatos paraestatales de control y manipulación de masas. Luego de 1955, al perder el control estatal y disolverse el aparato partidario, el peronismo habría perdurado como sentimiento popular, dándose una mistificación del movimiento y del líder.

Según Giussani

las premisas básicamente fascistas que habían originado en Perón su peculiar concepción del Estado lo llevan en el exilio a elaborar el nuevo papel del movimiento, bajo cuya tutela podrá incluso renacer en su momento el Partido Peronista con la misma naturaleza vicaria y táctica que lo caracterizó en el período 1946-1955, exhibiendo



apariencias de una democracia interna autodeterminante que solo disimulaban su pasiva sujeción a un centro de digitación externo (171).

Porque para el autor Perón fue “el primer fascista clásico –por no decir el único- de la América Latina”, el “primero en tomar nota de que fascismo europeo era esencialmente un gran movimiento de masas con una vasta base de consenso popular, logrado a través de políticas sociales concesivas” (173).

Luego, finalmente, Giussani afirma que desde el exilio Perón pergeñó una estrategia de retorno de gran elaboración, previa a 1973, en la cual las diferencias internas del peronismo habrían jugado un rol escrupulosamente diseñado por el líder, un juego ideológicamente “pendular” que “puede resultar evocativa de la trayectoria similar seguida con igual maestría por Adolf Hitler en su marcha hacia el poder en Alemania” (194), cuando alimentó tendencias en apariencia revolucionarias para ser el mismo quien las frenaría.

Giussani advierte que “sería un grave error, sin embargo, presentar el fascismo de los montoneros como un mero producto de una ‘influencia’ ejercida sobre ellos por el hábitat ideológico peronista en el que eligieron instalarse” sino que “los componentes ‘innatos’ de Montoneros ya incluían aquel verticalismo organizativo como parte de la genérica matriz militarista de extracción cubana que es reconocible en todos los grupos cultores de la violencia revolucionaria que operaron en América Latina durante los años ‘60 y ‘70” (217).

Giussani corona esta argumentación señalando que

El verticalismo montonero no era un vicio adventicio adquirido del peronismo sino, al revés, un vicio de origen que de algún modo facilitó la opción de la organización armada por el peronismo. El fascismo organizativo de Montoneros, en suma, es condición y no consecuencia de la inserción del grupo en el peronismo. Y si se enfoca a los montoneros desde este ángulo de visión, que los descubre como un punto de encuentro entre dos concepciones militares de la política, acaso pierda consistencia el misterio que resulta para muchos este maridaje entre el Che Guevara y Perón (217).

Explicar el verticalismo de montoneros por la vía de la ideología fascista es desconocer las características de la construcción de la organización en el contexto de la clandestinidad y los condicionamientos que ella implica. Por otro lado, la historia de Montoneros reconoce luchas y conflictos internos en torno a la aplicación del centralismo democrático. Y, lo que es más importante, la existencia a lo largo de su historia de diferentes escisiones por razones políticas denota una intensa vida interna y la existencia de tendencias. La categoría verticalismo pierde efectividad cuando se la asimila al fascismo que, como señalábamos, es una categoría imprecisa que no explica nada pero que perturba la comprensión de un problema.



Reflexiones finales

Como ha sostenido Esteban Campos, el libro de Giussani sin dudas puede ser considerado un “producto típico” de la teoría de los dos demonios. Una parte del “engranaje ideológico de la transición democrática, de la ruptura simbólica con un pasado que debe ser dejado atrás para constituir un nuevo orden” y, como parte de esa vocación, que “toma a la guerrilla no como objeto del debate político, sino como una advertencia en el epitafio de la lucha armada en la Argentina” dando por descontado que “la lucha armada y la violencia política han sido arrojadas definitivamente al basurero de la historia” (Campos, 2013: 17). Como también señala el mismo autor, el libro de Giussani (junto a otros que se publicaron sobre Montoneros en la década del ochenta) tuvo efectos en el sentido común histórico y contribuyó a estructurar un sistema de creencias sobre la lucha armada y los Montoneros.

Algunos de esos trabajos aportaron a la construcción de ese nuevo sistema de creencias al confundir el enfoque nativo con el suyo propio en tanto observador analista, es decir, al no poder tomar distancia del modo en que Montoneros se pensó a sí mismo, incluso el modo en que grupos disidentes pensaron la experiencia montonera. De allí que en los trabajos en los que se reproduce la tesis de la militarización, por ejemplo, se encuentre un largo repertorio de temas que fueron utilizados por los actores en la época, como fundamentos de sus críticas a las conducciones: aparatismo, vanguardismo, “putchismo”, desinserción, burocratismo, desvío, quiebre.

Pero, además, el libro de Giussani, como bien señala Campos, se caracteriza por deducir ideas y pensamientos de teorías científicas que, muy por el contrario, no se corresponden en absoluto con las categorías nativas: “pulsión de muerte”, “alucinación revolucionaria” o “fascismo”. Esta última, en particular, “se convierte en una categoría tan elástica, tan abarcadora, que pierde toda su eficacia explicativa” (Campos, 2013: 13). Es cierto, hay que concederle, que el uso forzado de la noción de fascismo como categoría analítica para explicar al peronismo en general y a los Montoneros en particular no fue un ejercicio original en Giussani.

Por un lado, ya existía una vasta tradición intelectual que procuró explicar el primer peronismo con el concepto de fascismo. Tal fue el caso de Gino Germani en trabajos como *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional* (1975), en los que sentenciaba conclusiones tan similares a las de Giussani como la siguiente: “El fascismo y el populismo nacional, a pesar de ser dos fenómenos esencialmente distintos (...) emergen juntos de experiencias socio históricas que tienen muchas similitudes y que, por tanto, los dotan de elementos comunes” (2013: 253). Cabe pensar que en el trabajo de Giussani esté la impronta de esa clase de lecturas y en particular, la de Germani, muy próxima en el tiempo. Tal como sostuvo Federico Neiburg (1998), la mirada germaniana tuvo una eficacia práctica en un panorama político constituido en torno al binomio peronismo-antiperonismo, en especial en su escrito de 1975, donde el conflicto social claramente se había vuelto violencia política.

Por otro lado, un año antes de la publicación del libro de Giussani, Juan José Sebreli había publicado *Los deseos imaginarios del peronismo*, libro en el cual la categoría de fascismo es el vector explicativo del



peronismo y, también, del montonero. Sebreli, al igual que Giussani, era a principios de los ochenta un converso prototípico y declarado: veinte años antes, en sus épocas de romance con el peronismo, contribuyó en forma decisiva a la construcción mitológica de la izquierda peronista que representó a Eva como una líder revolucionaria en *Eva Perón ¿Aventurera o militante?* (1966). Hacia 1983, Sebreli ya estaba totalmente reñido con aquellas simpatías peronistas, descritas por él mismo -y en términos muy parecidos a los de Giussani para caracterizar los compromisos militantes de los años sesenta y setenta- como “la rebelión juvenil típicamente pequeño burguesas de las convenciones y tabúes de la familia y la sociedad” (11). En los albores de la democracia Sebreli hizo un esfuerzo intelectual, que se adelantó a la primera edición del libro de Giussani, por describir las dimensiones bonapartistas y fascistas del peronismo y para describir el “fascismo de izquierda”, es decir, el “terrorismo” (así lo llama) de los Montoneros. Al igual que en el libro de Giussani, aunque tal vez en forma menos solapada y más explícita, el libro es planteado como una crítica al peronismo y una autocrítica del autor. Según Sebreli, el “extraño maridaje entre izquierda y fascismo” encuentra su mejor ejemplo en los Montoneros (1983: 168)⁵⁰.

Si bien la relación entre la izquierda y el fascismo es un punto de encuentro analítico entre Sebreli y Giussani la adscripción a la teoría de los dos demonios es lo que caracteriza a este último. De manera especial da lugar a ello la responsabilidad causal de la violencia política en la Argentina que Giussani adjudica a la guerrilla pero que atribuye centralmente a Montoneros. Posiblemente por ser los ejecutores de la operación militar de mayor impacto político de la guerrilla en todas sus variantes: el secuestro y ejecución de Pedro Eugenio Aramburu. Sin dudas un hecho fundante de la lucha revolucionaria dada su magnitud y trascendencia que marcó la trayectoria de la organización. No se trataba de un intento frustrado de subvertir el orden establecido sino del “ajusticiamiento” de un general de la nación, ex presidente de la república y político en actividad que se presentaba como carta alternativa del sistema en el marco de una dictadura militar.

El “aramburazo” no era el enfrentamiento de un ejército regular contra otro irregular, ni siquiera era el inicio de la violencia política, aunque su realización implicaba un salto cualitativo de la misma. Ésta tenía antecedentes inmediatos, centralmente en el golpe de Estado de 1955 y en los golpes sucesivos que legitimaron y justificaron la violencia “desde abajo”.

La violencia ejercida “desde arriba” no era una violencia selectiva sino el producto de una doctrina, la de la seguridad nacional, que tenía como hipótesis de conflicto al enemigo interno y ese enemigo se encontraba en todos los conflictos sociales, ya fueran sindicales, políticos, culturales. No se trataba de un conflicto entre aparatos donde la sociedad estaba ajena. El involucramiento en el conflicto de sectores gremiales y sociales fue justamente una de las situaciones que explican los alcances desbastadores de la violencia y represión iniciada en 1955, que conoció distintas estaciones a lo largo de los años 60 y 70, y que se desató exponencialmente a partir del golpe de 1976.

La instalación del terrorismo de Estado era la respuesta a los desafíos que presentaban la lucha popular en la coyuntura. Lucha que llegó a desafiar el orden establecido. Osadía que debía anatemizarse borrando

⁵⁰ Excede el presente escrito analizar el trabajo de Sebreli con mayor profundidad.



cualquier vestigio de legitimidad como condición para la instalación de un orden democrático adaptado a la legalidad establecida. Presentar el escenario político mediante la equiparación de dos violencias era una forma de desarmar ideológicamente el sentido de una lucha.

La teoría de los dos demonios ha realizado un significativo aporte para la interpretación de los años 70. Poner en debate el texto de Giussani y la teoría de los dos demonios pretende ser un aporte para la discusión sobre una rica y compleja etapa de la historia argentina.

Bibliografía

Otero, R. (2019). Montoneros y el dilema de la patrulla perdida: la política y las armas (1974-1980). *Revista Izquierdas*, Universidad de San Petesburgo/ Universidad Austral de Chile, 49, 1493-1521.

CONADEP. (1986). *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: EUDEBA.

CONADEP. (2006). *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires: EUDEBA.

Giussani, V. (2003). El ADN delata. *La insignia*, 21 de septiembre de 2003. Recuperado de https://lainsignia.org/2003/septiembre/ibe_081.htm

O'Donnel, G. (1998), *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós.

Basualdo, E. (2006). Entrevista a Eduardo Basualdo. *Página/12*, 28 de mayo de 2006. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-2457-2006-05-28.html>

Franco, M. (2014). La 'teoría de los dos demonios': un símbolo de la posdictadura en la Argentina. En *A Contracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*, 11 (2), 22-52. Recuperado de <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/806>

Galante, D. (2019). *El Juicio a las Juntas. Discursos entre política y justicia en la transición argentina*. Buenos Aires: Entre los libros de la buena Memoria.

Rojkind, I. (2004). La revista Controversia: reflexión y polémica entre los argentinos exiliados en México. En Yankelevich, P. (comp.). *Represión y destierro: itinerarios del exilio argentino* (pp. 223-251). Buenos Aires: Ediciones Al Margen.

Mangiantini, M. (2015). Los estudios sobre la lucha armada y las organizaciones político-militares en los años setenta. Hacia un balance historiográfico de su producción reciente (2001-2015). *Estudios*, 34, 79-99.

Campos, Esteban (2013), "Memorias, ensayos y polémicas. El balance de la experiencia montonera en los años 80", en *Topoi*, N° 26, p. 17.

Campos, E. (2013). Memorias, ensayos y polémicas. El balance de la experiencia montonera en los años 80. *Topoi*, 26, 6-17. Recuperado de <https://www.scielo.br/pdf/topoi/v14n26/1518-3319-topoi-14-26-00006.pdf>



Germani, G. (2003). *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Buenos Aires: Temas/Academia Nacional de Historia/Universidad Torcuato Di Tella.

Neiburg, F. (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudios de antropología social y cultural*. Buenos Aires: Alianza Editorial.

Sebreli, J. J. (1983). *Los deseos imaginarios del peronismo*. Buenos Aires: Legasa.

